

EDITORIAL

EL NUEVO HOMBRE DE EMPRESA CRISTIANO

SE oyen, con alguna frecuencia, razonadas lamentaciones de excelentes hombres de empresa cristianos, ante las aceradas y constantes acusaciones con que se pretende pasar a los empresarios el tanto de culpa casi exclusivo de las injusticias y males sociales.

No falta fundamento a esas lamentaciones, que por eso hemos llamado razonadas, por parte de los empresarios a que nos referimos; quienes no son, por cierto, patronos capitalistas de ideología y prácticas liberales, sino hombres de conciencia, deseosos de llevar a sus empresas las soluciones de la doctrina social católica.

Por una parte, el problema social es de tal complejidad y evoluciona con tal rapidez, según las cambiantes circunstancias de lugares y tiempos, que no permite una formulación esquemática e inmutable; y así, muchas de las cosas que se han venido repitiendo contra empresarios y patronos resultan ya irreales, mientras juegan en la palestra otros contendientes que quizá pretenden eludir sus responsabilidades arrogándose funciones de acusadores y de jueces. ¡Cuánto hay que hablar de la inmensa responsabilidad que en las cuestiones sociales de nuestros tiempos tienen contraída los hombres dirigentes de las profesiones liberales, políticos, periodistas, burócratas, abogados, médicos, ingenieros, etc.! Hasta el punto, como esperamos demostrarlo algún día, de

ser con frecuencia mayores los atentados sociales de algunos de estos elementos que de los asendeados patronos.

Y, sin absolver tampoco de culpas a los muchos elementos empresariales que quedan, sin duda, responsables, la acusación no puede hacerse a carga cerrada y en circunstancias tan poco discretas que, sin lograr conmover a los peores, agobie de tal manera a los mejores, que haga surgir en ellos deseos de abandonar sus empresas para entregarse a una vida que, con ser más egoísta y regalada, se oculte, en cambio, a las punzantes flechas de los reformadores sociales. Este es el segundo aspecto verdadero de aquellas razonadas lamentaciones a que aludimos.

Sin embargo, es un hecho cierto que los hombres de empresa ocupan un puesto central en las cuestiones económicas y sociales; y por fuerza hay que referirse a ellos principalmente, tanto si se trata de concretar responsabilidades como de hallar eficaces soluciones. Hombres de empresa decimos, y no estrictamente empresarios, porque una de las novedades que nos ofrece la moderna organización de los negocios es la de que tal vez la figura cumbre de una empresa no sea la del tradicional empresario-capitalista, sino la de otro hombre, que, quizá clasificado en el concepto de trabajador o de técnico, es el elemento aglutinante y directivo fundamental a cuyas cualidades de inteligencia y mando se subordinan los demás elementos reales y personales de la empresa: capitales, técnicos, administrativos, obreros.

De estos hombres de empresa, a quienes no compete la tarea acotada, v. gr., de un ingeniero o de un asesor, por eminentes que sean, sino que asumen el empeño y la responsabilidad de llevar a cabo, tal vez desde sus comienzos, una actividad económica organizada (*una empresa*); de estos hombres, volvemos a decir que son la clave de la vida económica.

Si hemos de tener un orden económico adecuado a la organización social y política de un pueblo verdaderamente, dignamente libre, ha de ser mediante el esfuerzo y conveniente organización de estos hombres de empresa. Si hemos de superar las soluciones extremas del liberalismo y del comunismo, ha de ser mediante la adecuada formación de estos hom-

bres de empresa. Si hemos de dar realidad a las soluciones cristianas del orden social, ha de ser mediante el apostolado viviente de auténticos hombres de empresa cristianos.

Hay que redimir, pues, a nuestros empresarios cristianos de lo que llamaba uno de ellos "su complejo de inferioridad", a que a veces los ha sometido el influjo de críticas despiadadas; pero nótese que correlativo al sentimiento de su dignidad ha de ser el de su responsabilidad; y ambos sentimientos necesitan, lejos de admitir exención, ser reafirmados y defendidos. ¡*Dignidad y responsabilidad* de los empresarios, de los hombres de empresa cristianos! Conviene que se penetren bien de una y otra; y primeramente de su dignidad.

* * *

Estriba la *dignidad del hombre de empresa* en que de él depende principalmente, como ya indicábamos, el que los bienes temporales se produzcan y distribuyan ordenadamente, de modo conveniente, para el adecuado cumplimiento de los fines humanos, aun de los más nobles y elevados, como el cultural y religioso. Aquel dominio del hombre sobre la tierra, que expresa en términos de incomparable solemnidad el Génesis, se ejerce, en gran parte, a través del empresario que combina acertadamente la cooperación del capital y del trabajo en el empeño productivo. Es simplismo en el que muchas veces incurre nuestro discurso al tratar de la justa distribución de la riqueza, el concebir ésta como una masa de bienes disponibles sin esfuerzo, al alcance de nuestra mano, casi como el agua de la fuente al de los labios o el aire a los pulmones. Y de aquel dominio sobre los seres de la superficie de la tierra, sobre los peces de los mares y las aves del cielo, depende nada menos la otra ley suprema de la historia universal, el "creced y multiplicaos" que formula asimismo el Génesis.

Si los hombres individualmente considerados, en sus múltiples exigencias y relaciones: si las familias, si el municipio, si el Estado, si la Sociedad Internacional, si la misma Iglesia, han de disponer de los medios naturales necesarios y convenientes a su desenvolvimiento, ha de ser, en buena parte, por

esa tupida red de empresarios, que orgánica y jerárquicamente constituídos, son como las células y los tejidos y las vísceras del mundo económico vigoroso y libre. Sin la iniciativa, el esfuerzo y la inteligencia de los hombres de empresa, o el mundo económico regresaría a formas elementales incapaces de satisfacer las crecientes necesidades humanas o se transformaría en un gigante muerto, en un mecanismo monstruoso, incapaz de funcionar de otro modo que por la acción galvanizadora del omnipotente y tiránico Estado comunista.

De estos hombres de empresa, volvemos a decirlo, dependen las condiciones de equilibrio del orden económico-social; son ellos quienes nos han de dar las soluciones concretas bajo la inspiración de los principios del derecho natural y del orden cristiano sobrenatural. Y esto, ya se trate de modestos empresarios agrícolas, comerciantes, fabriles; ya de aquellas grandes empresas descritas por Pío XII en su Mensaje de Navidad de 1952, "que con verdad se ofrecen a la admiración del mundo; porque gobernadas por normas nacidas de madura reflexión, consiguen de tal modo coordinar y conglobar la acción de los hombres y de las cosas en la administración y fabricación de los productos, que por su sólido orden, y no pocas veces por la belleza enteramente nueva y propia de sus formas externas, son motivo de legítimo orgullo para la presente edad".

Con las cuales palabras se insinúa que el orden social cristiano no pretende quedar al margen del verdadero progreso de la técnica y de las nuevas formas de organización de la empresa. Ni siquiera se opone a la estatificación de la misma en determinados casos de verdadera exigencia del bien común. (Pío XI, *Quadragesimo anno*, n. 45; Pío XII, *Discurso a las A. C. L. I.*, 11-3-1945. *Discurso a la U. N. I. A. P. A. C.*, 7-5-49.) Pero entonces también, los auténticos hombres de empresa, convenientemente formados, capaces por su iniciativa de mantener habitualmente el orden económico en el ámbito del derecho privado, de manera que se evite en lo posible el camino de las excesivas planificaciones estatales, entonces, decimos; cuando la excepción merezca imponerse

en nombre del bien común, del plantel de los mejores empresarios privados saldrán también los mejores empresarios estatales y aun quizá los auténticos hombres de Estado, entrenados en el vasto conocimiento de los hombres y de las cosas en las grandes empresas antes de pasar a la más vasta y compleja de todas, que es la sociedad civil contemporánea.

Véase si se ofrecen dilatados horizontes a las nobles iniciativas de los hombres de empresa y si vale la pena que liberemos a los de mejor voluntad y más estricta conciencia de sus deberes, de todo complejo de inferioridad. Liberación de ese complejo opresor, pero no liberación de los auténticos deberes, que son ciertamente más graves de lo que a muchos parecen, aunque deban sobrellevarse con el espíritu optimista y lleno de confianza del auténtico apostolado cristiano. *La responsabilidad* no puede menos de ser correlativa de la dignidad.

* * *

Digamos, ante todo, que no podemos reponer nuestras esperanzas para el progreso de las soluciones cristianas en hombres naturalmente mal dotados para la dirección de los negocios. Como el obrero desclasificado o técnicamente desclasificado puede ser una rémora en las organizaciones obreras, así el empresario católico que no goza fama de hombre entendido en su empresa, en su negocio. Después vendrá el superar la naturaleza; por de pronto, la necesitamos. Necesitamos hombres de visión, de talento mercantil, capaces de situarse y aun de dominar en el mercado. Mucho mejor si unen a las cualidades nativas sólida formación técnica y profesional, método en la información y en el estudio, condiciones de mando, etc. Se han de procurar, en una palabra, las condiciones del éxito empresarial; sin el cual, quedarán quizá libres para el fracasado los caminos del espíritu e incluso de la santidad, pero no se pondrán las bases de una solución temporal de los problemas sociales humanos.

Supuesta la capacidad natural y la competencia técnica, un abismo separa inmediatamente al clásico negociante, ávido de ganancias, tal vez sin reparar en los medios, del noble

hombre de empresa que postulan para la recta implantación del orden social las necesidades de los tiempos y la doctrina de la Iglesia. Aquél es el *homo oeconomicus* que, en el *mare magnum* de la vida, no tiene otra norma orientadora que la de la mayor ganancia, tanto en la elección del negocio como en el medio de allegar el capital y la mano de obra, o en la fijación de las remuneraciones y de los precios, o en la organización de las ventas y la propaganda. El empresario cristiano, sin renunciar a la honesta ganancia y a la sustentación y elevación de su familia, piensa en la función social de ésta como de las demás propiedades privadas, piensa en sus obreros, piensa en la Patria, piensa en la Iglesia; piensa en ordenarlo todo al cumplimiento del único y necesario fin sobrenatural de sí mismo y de los demás hombres; y a la vista de todo esto, y pensando eficazmente en todo esto, elige, en lo posible, planea, organiza, dirige su negocio, *su empresa*, que se convierte así en una verdadera empresa eterna y sobrenatural, sin dejar de ajustarse a las condiciones de la naturaleza y a las exigencias del tiempo.

¿Se dirá que esto es muy bello, pero demasiado elevado? ¿Que el mundo de los negocios no puede desenvolverse sino a base de móviles de utilidad temporal? ¿Que la ciencia económica formula sus leyes a base de dichos sentimientos, y nada verdaderamente científico se puede organizar sobre el terreno ignoto y movedizo de los deberes de conciencia? Claro es que pueden decirse estas y otras muchas cosas; lo que negamos es que puedan invalidar nuestros argumentos ni enervar nuestros deberes; los cuales, por el contrario, hemos de formular con mayor claridad y fuerza cada vez.

Por eso, ¡cuán equivocados los que pretenden saldar sus cuentas de patronos católicos con algunas obras complementarias de asistencia social o de beneficencia que dejen íntegros sus principios y normas de capitalistas liberales! ¡Cuán equivocados aún los que descienden ya a los problemas del justo salario, pero piensan que nada tiene que ver la justicia con la fijación de los precios o las ganancias ilimitadas! ¡Equivocados, también, los que nada hacen por la debida elección o el planteamiento más conveniente de la empresa! ¡Cortos

de vista todavía los que no comprenden que la seguridad social exige mirar por encima de los horizontes del propio negocio y aun de la propia nación; los que no ven, en definitiva, en el problema social un problema profunda y universalmente humano, que no puede resolverse sino con la creciente dignidad de los hombres en la plena dilatación del Reinado de Cristo!

Claro es que al dar tales dimensiones a la responsabilidad del hombre de empresa nos apartamos de las soluciones fáciles y a corto plazo. No puede ser de otra manera. Los grandes problemas humanos no pueden resolverse sino mejorando a los hombres mismos. No negamos que influyan en los problemas sociales que tenemos planteados, cuestiones de organización, de técnica y de estructura; lo que negamos es que puedan resolverse tales problemas, y los que nos ha de traer el vivir cotidiano, sin elevar la mente y el corazón de los hombres (principalmente de los directivos, como son los hombres de empresa en el orden económico) a la altura de las circunstancias. Con hombres de mentalidad liberal no cabe sino incidir de nuevo en los yerros del liberalismo; con hombres encandilados por la "mística" comunista vamos al comunismo, hasta que el tardío desengaño inicie, sobre las ruinas, la reconstrucción del nuevo orden libre. Es natural que para la solución cristiana de los problemas sociales se requieran auténticos cristianos que lleven a la vida los negocios y a las empresas el mismo mensaje de Jesucristo que han aceptado para la vida de su hogar y en orden a la propia santificación.

* * *

Por lo demás, si este proceso de dilatación del reinado de Cristo en el mundo económico no es fácil ni demasiado rápido, tampoco es imposible ni se muestra inoperante. Es un hecho que, aún más allá del influjo directo de la doctrina social católica, se ha operado tal mudanza de criterios en el modo de enfocar las cuestiones sociales, que un economista clásico quedaría desconcertado ante ellos. También es verdad que en ese "misticismo" comunista late, en medio de

desconcertante confusionismo, un sentimiento cristiano de igualdad fundamental humana y de aparente caridad (como latía predominantemente el de libertad al principio de la Revolución) que cambia radicalmente los supuestos humanos de la problemática social. Pues no es menos verdadero que, gracias a Dios, empezamos ya a tener hombres de empresa auténtica e integralmente cristianos, que con hechos, pero con hechos sólidamente cimentados en la doctrina, van directamente, sin regateo de esfuerzos y sacrificios, a la implantación de las verdaderas soluciones que esa doctrina social propugna. Soluciones maravillosamente armónicas, en que las luces de la revelación funden sus haces con los dictados de la razón y las experiencias de la historia, en orden a iluminar a la pobre humanidad por los verdaderos senderos del progreso y la paz.

No hace muchas semanas que nos llegaron las crónicas de la asamblea de patronos católicos de Valencia, una de las poblaciones más prometedoras, bajo la dirección cálida y eficaz de su ilustre Arzobispo. Vigo, otra prometedora capital industrial, no se contenta con llevar adelante la organización de sus propios patronos católicos, sino que ofrece su sede para una reunión internacional de esa misma índole. La Acción Social Patronal redobla sus esfuerzos desde el seno de la Acción Católica. Largo es el camino que resta por recorrer, pero saludemos con alborozo y alentemos sin reserva a estos nuevos hombres de empresa cristianos.